

Intelectuales en el '68: derrotero y consecuencias políticas

Fernando Ramírez y Joaquín Cardoso

Universidad de Buenos Aires

fercesar28@hotmail.com

Resumen

El siguiente artículo abordará, por un lado, la relación de algunos intelectuales con la lucha política y social que se dio en Francia y en el mundo en general a fines de la década del 60, época de convulsiones, levantamientos y revoluciones. Por el otro, vinculado contradictoriamente con lo primero, sopesaremos una crítica al posestructuralismo desde el punto de vista de Terry Eagleton, un renombrado profesor marxista británico.

Con el objetivo de establecer puntos polémicos en ambos momentos, se trata de constatar la importancia y también los límites de toda práctica teórica en la medida en que se aleja de los acontecimientos de una lucha determinada, pero también –donde quedan cenizas- vincular la producción intelectual posterior como consecuencia directa de la derrota.

De ese modo, trabajaremos con conceptualizaciones absolutamente actuales –como las ofrecidas por Derrida- pero también con la necesidad de colocar esta producción en el marco del agotamiento histórico del capital y someterlo a las mejores tradiciones críticas.

En las líneas que siguen, el lector podrá observar fácilmente que nos centraremos en algunas polémicas puntuales para poner de relieve un aspecto referido a los sucesos de lo que se conoce como “mayo del 68”. Motivo de futuros trabajos será profundizar trayectorias o responsabilidades, por el momento nos contentamos si podemos delimitar ciertos temas y pensar lo modos de intervención que han tenido personajes de importancia en el mundo “de las ideas”.

Correspondencia Adorno-Marcuse

Una de las manifestaciones más notorias de la polémica sobre la participación de los intelectuales en las luchas abiertas a fines de la década del 60 fue la que se evidencia en el intercambio epistolar entre Theodor Adorno y Herbert Marcuse¹. Huelga decir que a pesar de no centrarse en las revueltas parisinas, el “espíritu de época” sitúa la misma preocupación intelectual en este caso en las universidades de Alemania.

Este intercambio constituye un invaluable testimonio para analizar detenidamente la posición que sostuvieron muchos intelectuales de esa época como consecuencia de los hechos políticos que adquirieron relieve en relación al contexto abierto por el Mayo del 68. El motivo de controversia entre los autores mencionados se debía específicamente a la ocupación, por parte de los estudiantes, de las instalaciones del Instituto de Frankfurt. Mientras Marcuse sostenía un apoyo suscripto hacia los estudiantes, Adorno había decidido pedir intervención a la policía para el desalojo de la ocupación².

En las cartas que se enviaron, uno y otro intentaban fundamentar su actitud tomada al respecto. Mas allá de las divergencias entre ambos, el eje central del debate parecía ubicarse en la capacidad del estudiantado como sujeto político para la transformación social revolucionaria, de lo cual nos permitimos deducir que la discusión excedía al “incidente Frankfurt”. Este causal de debate sintonizaba con la discusión más general abierta por los sucesos de mayo y el rol de los estudiantes al respecto. Los cuestionamientos al papel de la Universidad y su agotamiento como instancia de producción académica, científica y profesional frente a los marcos del capitalismo, el rol del imperialismo, la guerra de Vietnam y la unidad con la clase obrera para la emancipación social, eran los planteos principales que atravesaban la lucha estudiantil en ese entonces. Precisamente, sosteniendo algunos de ellos es que los estudiantes fundamentaron su accionar en Frankfurt, destacando particularmente el peligro de la “tecnocratización de la Universidad” al servicio de los planes de la ganancia capitalista.

¿Podría el estudiantado cumplir su cometido contra estas consignas, pero además sostener la conducción política para un proceso revolucionario?

La senda proseguida para estos objetivos no ha sido en ellos otra que la toma por la acción directa³. Adorno expresó un verdadera muestra de escándalo condenando severamente la acción estudiantil, lo que desde ya justificó su pedido de intervención policial. Para el filósofo de la “teoría crítica” resultaba difícil razonar sobre el contenido social y político de la acción directa redundando en un rechazo incondicional a la misma y así se lo hacía saber a Marcuse⁴:

Me parece asimismo indiscutible que los comportamientos como los que he tenido que observar... poseen realmente algo de esa violencia sin concepto tan propia del fascismo ... si vienes a Frankfurt para discutir con los estudiantes, que frente a mí y frente a todos nosotros se demuestran portadores de una calculada regresión, tendrás que hacerlo bajo tu propia responsabilidad... (Carlos López Beltrán: 2000)⁵.

“Fascismo” y “calculada regresión” eran algunos de los epítetos que Adorno le tendría reservados a quienes buscaban la transformación de la educación determinada socialmente por los intereses capitalistas bajo el ropaje de la “tecnocracia”. En otro tramo de las cartas afirma:

Tendría que negar todo cuanto he pensado y sé acerca de la tendencia objetiva, si aceptase creer que el movimiento de protesta estudiantil en Alemania tiene siquiera la mínima posibilidad de actuar de manera socialmente relevante... (por ello) su efecto es doblemente sospechoso. Primero, porque instiga en Alemania el no disminuido potencial fascista, sin que le importe en absoluto; pero además en cuanto a que en su seno incubaba -y también aquí seguramente discrepamos- tendencias que convergen inmediatamente con el fascismo. En este sentido, cito como síntomas la táctica de invocar el derecho a la discusión precisamente para hacerla imposible; la bárbara inhumanidad de los modos de comportamiento, que es regresiva y encima confunde regresión con revolución; la ciega preponderancia de la acción; el formalismo indiferente al contenido y a la configuración de aquello contra lo que se rebela. (Idem)

Los intereses de Adorno eran muy claros en cuanto a la defensa de una “educación consagrada” por la investigación y el rigor académico, incluso si ello implicaba una atadura incondicional a las “subvenciones públicas”, las cuales se encontraban muy lejos en su trasfondo, como la experiencia siempre ha indicado, de permitir la investigación, el conocimiento y la ciencia al servicio real de los explotados.

En otros términos la postura de Adorno es clara: “la corporación profesoral” y la “institución de renombre en Ciencias Sociales” con su dispositivo y su infraestructura material y política debía ser sostenida a toda costa contra el “fascismo estudiantil” sin importar seriamente la crisis política más general que había llevado no sólo a los estudiantes alemanes, sino a gran parte del estudiantado en otros países de Europa y Latinoamérica, a cuestionar severamente el rol de la Universidad y las instituciones capitalistas en un contexto de intensas luchas obreras y populares. No es por nada que había tenido también, en intercambios personales y epistolares, sus vaivenes y diferencias con los líderes estudiantiles de la SDS (Alianza de los estudiantes socialistas alemanes), con Hans-Jürgen Krahl a la cabeza (alumno suyo), que lideró ocupaciones y luchas políticas de entonces.

Marcuse sostenía una posición antagónica, no sólo a la legitimidad de los planteos estudiantiles sino a la fundamentación de la “violencia” empleada que escandalizó a Adorno. Para aquel, la violencia no puede desprenderse de un contenido político social y en definitiva de clase a la hora de tomar partido por la acción directa cuando los imperativos de un sistema opresor obliga a ello, pero además Marcuse parecía comprender que esa misma violencia puede ser ejercida con el objetivo de conquistar una sociedad donde se ponga fin a la explotación y la necesidad de represión:

La violencia, los practitioners of violence están en otro lado, en el campo del adversario, y nosotros tendríamos que cuidarnos de asumir sus categorías y golpear con ellas al movimiento de protesta... ¿Y la dictadura después de la subversión? Tendremos que tener el valor teórico de no identificar, bajo la categoría general de dictadura, a la violencia de la liberación con la violencia de la represión. Por atroz que sea: el campesino vietnamita que mata al terrateniente que durante décadas lo ha torturado y explotado, no hace lo mismo que el terrateniente que mata al esclavo rebelde. (Idem)

La discusión, como habíamos señalado, condujo específicamente a ponderar o descalificar el rol de los estudiantes como sujetos de la revolución social y política. En la postura de Adorno los estudiantes no sólo se encontraban incapacitados políticamente para liderar profundos cambios sociales sino que sus métodos llevarían necesariamente incubados el fascismo, comparando incluso la revuelta estudiantil con el stalinismo y el anti semitismo encarnado en el...nazismo.

El requerimiento que hace poco me presentaron los estudiantes, de que hiciese una autocrítica pública, lo considero puro estalinismo". "El término "profesor titular" se emplea con expedita arrogancia para despreciar a alguien, o, por servirme de su curiosa manera de expresarse, para "liquidarlo", como hacían en su tiempo los nazis con la palabra judío... Me tomo mucho más en serio que tú el riesgo de que el movimiento estudiantil se transforme en fascismo... en Frankfurt el embajador israelí fue acallado entre gritos y silbidos, [y] no sirve de nada asegurar que no se hizo por antisemitismo... (Idem)

Han sido conocidos los planteos de Marcuse en cuanto a concederle a los estudiantes, junto a los "oprimidos del tercer mundo" encarnados en los movimientos de lucha por los derechos sexuales, las reivindicaciones anti-racistas, los ecologistas y feministas, y los "desclasados o marginales" en general, el potencial revolucionario que, a los ojos del filósofo, habría perdido la clase obrera como el sujeto clásico del marxismo para lograr la emancipación social. Debido a la coyuntura abierta por el "Estado benefactor" que remite a la posguerra, la bonanza económica en los países imperialistas, los avances y la manipulación tecnológica, consumista-mercantil que se desarrollaron en manos de la administración capitalista para dominar a las masas con recursos que la historia moderna había desconocido y la traición de los Partidos Comunistas, al igual que las burocracias sindicales, para llevar al frente la política revolucionaria, Marcuse afirmaba que un "hombre unidimensional" ocupaba el centro de la escena en la cultura occidental. Se trataba de un hombre genéricamente abstracto, pero que para el autor había sido presa de las trampas que el sistema le tendía mediante el consumo mercantil y la manipulación robótica tecnológica en sus propios lugares de trabajo y producción, creando en él una conciencia de conformismo y sumisión que hacía imposible la necesidad de revolución social. La clase obrera europea era destinataria de esta situación, por lo cual no contemplaba la posibilidad de llevar adelante una lucha profunda contra el sistema que la alimentaba. De esta manera el "centro" de la capacidad revolucionaria se desplazaba hacia una serie de movimientos que no hallaban integración en el sistema capitalista del "comfort", la "tecnologización" y las fauces del "hombre unidimensional". Ellos se encontraban principalmente entre los estudiantes y los ya denominados "movimientos del tercer mundo" o "países atrasados" que no habían alcanzado la prosperidad del capitalismo "avanzado". En un pasaje de sus cartas a Adorno, no escatima dicha "sobre estimación" política reflejada en su concepto de los estudiantes como el "único catalizador" para desmoronar el sistema de dominación:

Paso así a lo que tú llamas el "punto central de nuestra controversia". Por mi parte creo que el movimiento estudiantil tiene la posibilidad de "actuar de manera socialmente relevante". Pienso sobre todo en Estados Unidos, pero también en Francia (mi estancia en París me lo ha reconfirmado) y en Sudamérica. Obviamente, las ocasiones que desencadenan el proceso son muy diferentes, pero al revés de Habermas, me parece que aun en medio de todas las diferencias actúa como fuerza motriz el mismo fin. Y este fin es la protesta, que llega hasta la raíz misma de la existencia, contra el capitalismo y sus esbirros en el Tercer Mundo, su cultura, su moral. Naturalmente, jamás he sostenido la

absurdistad de que el movimiento estudiantil sea revolucionario. Pero hoy es el único catalizador para el desmoronamiento del sistema de dominación. (Idem)

Sin embargo, y a pesar de lo sostenido por Marcuse, el 68 logró asestar un duro golpe a esta visión de los hechos. La clase obrera de un “país avanzado”, respecto al “reservorio tercermundista” que contendría el único potencial subversivo en vigencia, cobraba un protagonismo “insospechado” en París, al calor de sus propias luchas, en sintonía con la rebelión estudiantil que allí se gestaba. Huelgas, ocupaciones y la paralización del transporte se rebelaban como las armas que esta clase, “aburguesada” e “integrada” al “confort” del moderno aparato de producción y consumo capitalista según el “pesimismo marcuseano”, levantó en andas para expresar su perspectiva de combate contra un sistema que ya no los contemplaba en sus reivindicaciones. El rol decisivo lo jugaría el “anquilosado y burocratizado” PC junto a la CGT para evitar la genuina unidad obrera estudiantil y desviar la lucha hacia el sectarismo, el reformismo y la “integración” encorsetada de la misma clase que, no obstante, demostró su vigencia como potencial “subversivo” y supo romper con el esquema ideológico de este “genérico hombre unidimensional” ante la situación que provocó su expresión combativa.

Al no contemplar esta perspectiva y formular un “nuevo sujeto histórico” donde los estudiantes tendrían un papel prácticamente clave, no resultó casual la defensa encendida que Marcuse hizo de los estudiantes, mas allá de su adhesión puntual a una causa justa y que lo dejó colocado a la “izquierda” de Adorno. Lo común que operó como subyacente en el debate fue, sin embargo, la falta de discusión sobre cómo reorganizar las luchas en torno a la centralidad que el “sujeto histórico clásico” había demostrado en ese “contexto contemporáneo” junto a las posiciones combativas de los estudiantes y gran parte de los sectores populares que participaron en un conjunto de luchas que señalaban la incapacidad de un sistema para continuar sus modos de dominación tal y cómo lo venía demostrando.

De todas formas, ambos arribaron a un debate que no era, ni lo es aun, menor para dilucidar una salida política superadora de la situación en juego. Situamos allí a la relación entre la teoría y la práctica, relación a la que ellos aluden cuando se trata de enfocar con una cabal comprensión los procesos de lucha con vistas a la transformación revolucionaria.

Adorno comprendía que la “praxis” puede llegar a impulsar una teoría, pero no consideraba que era ese el caso frente a la “violencia estudiantil” como para llegar a concederle a esta una apoyatura teórica que la fundamente e incluso le sirva como guía hacia la conquista de sus objetivos y así se lo hacía saber a su amigo, y viejo “compañero” de ruta intelectual, Marcuse:

Sé que en lo tocante a la relación entre teoría y praxis no disintimos... Incluso estaría dispuesto a concederte que hay momentos en los que la teoría es empujada por la praxis. Sin embargo, hoy objetivamente no impera una situación semejante, y la más pura y brutal puesta en práctica, que es a lo que aquí nos enfrentamos, no tiene absolutamente nada que ver con la teoría. La razón más fuerte que esgrimes es que la situación es tan atroz que hay que tratar de salir, aun cuando se reconociese la imposibilidad objetiva... lo juzgo errado... (Idem)

La prioridad de la praxis sobre la teoría no era para Adorno un principio que pudiera mantenerse firme sino que, por el contrario, resultaba maleable cuando se trataba de

permanecer atado a los intereses de un académico que vio amenazada su “infraestructura” en la que residía el conjunto de su recorrido precisamente... como académico. En contraposición a ello, Marcuse pretendía dotar a los estudiantes no sólo de un apoyo político sino de una vanguardia teórica que su estatura de intelectual le permitiría alcanzar y autorizarse al respecto; por eso, quizás allí se reflejen las conclusiones que han precipitado a Marcuse como el teórico más emblemático de la “Nueva Izquierda”, antagónica al anacrónico “marxismo soviético”, tal como lo habría denominado el mismo autor en un libro que lleva esa misma expresión como título. Sobre las “necesidades teóricas” de los estudiantes, el filósofo que supo entrecruzar a Marx y Freud en sus obras, advierte primero en relación a las “influencias” que los estudiantes tenían por causa de los “profesores”, atribuyendo a estos un peso específico en la conciencia de ese sector de la juventud y, por otro lado, cómo operar en torno a ello reconociendo la inquietud de estos por el vínculo teoría-práctica:

No podemos prescindir del hecho de que estos estudiantes están influidos por nosotros (tal vez por ti más que por nadie); me siento muy conforme y estoy dispuesto a resignarme al parricidio, aunque a veces duela... [La] situación es tan horrenda, tan asfixiante y humillante, que rebelarse contra ella obliga a una reacción biológica, fisiológica: ya no se puede aguantar más, nos asfixiamos y hay que buscar aire.

Y también afirma que:

El movimiento estudiantil busca hoy desesperadamente una teoría y una praxis, formas organizativas que puedan corresponder y oponerse a la sociedad tardo capitalista. Desgarrado por dentro, está plagado de provocadores y de individuos que objetivamente practican la provocación como fin. Como a ti, me parecen reprobables algunas acciones como las que según me cuentan tuvieron lugar en Frankfurt y en Hamburgo. Públicamente he combatido, por juzgarla una acción suicida, la consigna de la destrucción de la universidad. Creo precisamente que en esta situación nuestra tarea consiste en prestar ayuda al movimiento, bien teóricamente, bien defendiéndolo de la represión y la delación. (Idem)

Una vez más los estudiantes como “sujeto político” esencial desplegaban el protagonismo de la contienda intelectual y política entre los dos filósofos, pero en este caso el punto de disputa se sitúa acerca de la importancia teórica que una acción política debe enmarcar si quiere cumplir sus objetivos. La unilateralidad de la prioridad teórica manipulada por Adorno y la confianza de Marcuse en que sus teorías, que descansaban en la misma centralidad “catalizadora” de los estudiantes para combatir el sistema de opresión, lograrían prestar el apoyo “filosófico y académico” a la “praxis subversiva estudiantil”, merecen una digresión imprescindible.

Todo radica en leer “de qué tipo de práctica estaban tratando” una enorme intensificación de luchas obreras, populares y estudiantiles, de las cuales las primeras sorprendieron a una gran cantidad de intelectuales que no visualizaron el despertar del “caduco o cooptado” sujeto histórico que encarnaba el proletariado descrito por Marx en su obra cumbre “El Capital”. Fue la “praxis” de esa misma clase obrera en su lucha feroz contra la explotación capitalista, la que impulsó y logró constreñir a ambos autores a desarrollar la ciencia del materialismo histórico donde se reflejaron la verdadera guía para la acción revolucionaria, pero comprendiendo el modo en que los hombres hacen la historia por sus determinaciones sociales de clase. Fue la “praxis” de esa misma clase obrera y su acervo de luchas acumuladas desde el movimiento “cartista”, pasando por

la Comuna de París y las luchas que acompañaron el desarrollo del capitalismo generando mas y mas miserias para los explotados, las que constituyeron la verdadera base para la teoría de los autores de "El Capital". El debate teórico sólo adquiere su sentido y contexto si corrobora su asentamiento en la "praxis" que tanto invocan los filósofos de Frankfurt en sus cartas. Como dijera Marx en su segunda Tesis sobre Feuerbach:

El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealdad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico. (1973)

Las anteojeras ideológicas que los autores mantuvieron en sus disputas deberían servir para extraer las conclusiones hoy sobre la "práctica" que la propia clase obrera desenvolvió contra una serie de "pesimismo" y "escepticismo" del pensamiento. No es por ello que entonces se debe invalidar el conjunto de la producción teórica de tal o cual autor, pero si permitir continuar por la senda que ellos no supieron o no tuvieron la voluntad política de recorrer en el cambio revolucionario que muchos afirmaban con sus diversas pretensiones.

Althusser y "las revueltas ideológicas": de cómo exculpar la política del PCF⁶

"...es erróneo describir el Mayo Francés como algo que no sea la cresta de una revolución mundial sin precedentes en escala (...) Del mismo modo, los últimos treinta años o más tienen que ser entendidos como una larga fase de contrarrevolución sostenida" (Crary: 2015)

Después del homicidio que perpetró contra su mujer y, en un retiro absoluto, de toda su actividad política, Althusser escribió su "Autobiografía" e hizo públicas sus críticas al PCF, muchas de las cuales ya las había declarado antes, donde afirma, respecto al 68:

El partido, como siempre con muchos trenes de retraso y horrorizado por los movimiento de masas, arguyendo que estaban en manos de los izquierdosos (pero, ¿por culpa de quién?), hizo todo lo posible para impedir el encuentro, en los violentos combates de las tropas estudiantiles y el ardor de las masas obreras que llevaban a cabo entonces la más larga huelga de masas de la historia mundial, llegando incluso a organizar comitivas separadas. El Partido organizó en realidad la descomposición del movimiento de masas al forzar a la CGT (a la que, a decir verdad, no precisaba violentar, vistos sus lazos orgánicos) a sentarse en la mesa de la paz de negociaciones económicas (...) (Althusser: 1992).

En 1969, el filósofo envió una carta a una conocida suya, donde le exponía reflexiones muy diversas a la cita anteriormente mencionada y por las que mostraba su claro alineamiento con el PC francés aún cuando lo hiciera en tono "crítico". ¿Qué caracterización hacía Althusser del movimiento estudiantil?

Mi hipótesis, por consiguiente, es que el Movimiento de los jóvenes estudiantes e intelectuales, tanto a nivel nacional como internacional, debe ser considerado como una **revuelta ideológica** (NB: una revuelta ideológica no es, en y por sí misma, como creen muy fácilmente los estudiantes, una revolución política) **que ataca ante todo el aparato de sistemas escolares de los países capitalistas** (destacado propio, citado en Macciocchi: 1973).

Pero los “aparatos ideológicos” se hallaban ya desbordados desde el momento en que los estudiantes no respondían más a las directivas del PC francés y buscaron su propia movilización por fuera de él dando lugar a múltiples iniciativas expresadas en la lucha anti imperialista, el movimiento contra la Guerra de Vietnam y un cuestionamiento a la sociedad capitalista en su conjunto que trascendía las “variantes ideológicas de los aparatos escolares”. Althusser se plantea el interrogante sobre la distancia entre el PC y los movimientos estudiantiles, pero sus conclusiones no superan una exculpación de las causas reales por las cuales el PC atentó contra los estudiantes y la independencia de la clase obrera:

¿Por qué los PC's, que después de todo están hoy representados entre los estudiantes por sus propias organizaciones, han prácticamente perdido todo contacto con la juventud estudiantil, a tal punto que han sido superados en Mayo por la ideología y las acciones espontáneas de estos últimos? (...) Eso hará comprender los límites y los errores de las formas espontáneas de la ideología pequeño-burguesa que gobernaron sus acciones históricas en Mayo; y les preparará para unirse con la clase obrera, a reconocer el principio (afirmado con una incomparable claridad por Lenin) de la dirección de la lucha revolucionaria para la clase obrera, y de afrontar, en términos precisos, el problema que en el presente los atormenta: el problema de la necesidad de la organización (porque algunos sienten, y otros de entre ellos saben, que ninguna acción política es posible sin organización). (Althusser: 1992)

El PC repudiaba el movimiento de la Universidad de Nanterre que encendió la chispa para los sucesos de Mayo entre los estudiantes; *“Estos falsos revolucionarios han de ser enérgicamente desenmascarados ya que, objetivamente, están sirviendo los intereses del poder gaullista y de los grandes monopolios capitalistas”* (Marchais: 1978)

Althusser se lamenta que los obreros se desconcertaran y tomaran “una actitud general de sospecha” hacia las “reacciones utópicas de los estudiantes”, pero el PC hizo lo imposible para que esa división se hiciera carne en el seno de la clase obrera y lograr quebrar toda unidad que fortalezca las acciones de masas desencadenadas en una etapa que hizo flaquear fuertemente al poder de la burguesía en Francia.

A lo largo de toda la carta de Althusser, se observa que el “espíritu” de la misma radica en advertir que el PC no pudo o no supo lidiar y dominar lo suficiente el “virus ideológico” de la pequeña burguesía estudiantil cuya expansión habría “desbordado”, los “reflejos del propio PC” para absorberla y volver a presentarse como el garante de la “unidad obrero estudiantil”. Pero eso era precisamente lo que el PC no estaba dispuesto a hacer sino todo lo contrario. Althusser negaba aquello que el PC había resuelto en sus filas: un garante del “orden gaullista” evitando la independencia de clase y la unión con los estudiantes bajo una dirección revolucionaria. Las causas que, para el filósofo fueron determinantes de un triunfo para las masas en ascenso, durante el 68, respondieron más a las “ideologías espontáneas” de los movimientos en lucha y con esta hipótesis Althusser no hizo más que jugar su carta para encubrir la verdadera responsabilidad del PC en el derrotero de los sucesos de mayo.

Es lo que se refleja, finalmente, en estas líneas:

En fin, es esencial iniciar un análisis minucioso de las razones que condujeron a la anormal pérdida de contacto (práctico, político e ideológico) entre la mayoría del PC y la juventud. Debemos llegar al fondo de las cosas – incluso si esto significa introducir razones de orden internacional, desde que el

fenómeno excede el marco de tal o cual nación – para identificar las causas propiamente nacionales del fenómeno. Sin esto, las tentativas actualmente hechas por nuestros Partidos para restablecer los lazos con los estudiantes y con la juventud intelectual corren el riesgo de rellenar el vacío de método y de una línea justa, que fue casi fatal en Mayo. Por supuesto, los resultados de este análisis final deben buscar su lugar – puede ser un lugar limitado, pero de todas maneras innegable – en el análisis de las razones del ascenso masivo de todas las diversas ideologías izquierdistas que, sin tratamiento paciente y apropiado, amenazan con dominar por un largo tiempo a la juventud. (1972)

Secuelas (post?) teóricas: la deconstrucción

El postestructuralismo y tras él, el posmodernismo desestimaron todos los intentos de reflexión sobre la vida humana tildándolos de vergonzosamente ‘humanistas’ o acusándolos, incluso, de haber dado origen a la familia de teorías ‘totalizadoras’ que habían conducido a los campos de exterminio del Estado totalitario. (Eagleton: 2007)

Terry Eagleton, El sentido de la vida, 2007

La especie de las teorías que hacen hegemonía por determinados momentos históricos en el campo académico, obedecen distorsiva pero finalmente de forma notoria a las incumbencias de los acontecimientos políticos más generales.

En el siguiente apartado abordaremos de acuerdo a la óptica de Terry Eagleton los desarrollos y tendencias más generales del proceso en que se desarrolló el posestructuralismo en el campo teórico, y sobre todo la labor de su mentor Jacques Derrida⁸. La elección de Eagleton como comentarista en este caso se justifica por la preeminencia de las menciones a la obra de Derrida en toda su carrera, desde el temprano *Introducción a la teoría literaria* de 1981 hasta el más reciente *El sentido de la vida* que tomamos para el epígrafe de este subtítulo⁹.

Sobre la base del decantamiento del humanismo y estructuralismo de los años 30/50 del siglo XX –con su correspondiente existencialismo, el pensamiento “occidental” fundamentalmente de izquierda (muy genéricamente), conoció en la práctica política de los acontecimientos sociales enormes cimbronazos que, como consecuencia, replantearon sus objetivos teóricos, metodológicos y filosóficos. Aunque ya hemos visto los bemoles de esas mutaciones y la práctica política (o ausencia de ella) de algunos intelectuales, intentaremos darle el valor académico correspondiente a estas corrientes teóricas sin dejar de mencionar que, producto de las circunstancias históricas, vinieron muchas veces a obturar, desplazar, o reemplazar la acción concreta por la especulación filosófica. Pese a que la sentencia de Marx sobre la necesidad de transformar el mundo antes que interpretarlo ha inaugurado para siempre otra etapa en el pensamiento universal, en términos generales el pasaje de los filósofos sobre todo post-mayo francés de 1968 han hecho el recorrido inverso.

Como indica Eagleton en uno de sus textos,

...el posestructuralismo estaba haciendo de una manera bastante más abstrusa lo que se esforzaban también por conseguir quienes estaban intentando arrancar los adoquines parisienses. (Una diferencia entre unos y otros era que a los nuevos filósofos no estaban moliéndolos a palos la *gendarmérie*). (2016)

Y más adelante,

La revuelta estudiantil fue derrotada, pero la teoría posestructuralista siguió viviendo. Lo hizo en parte como

un modo de mantener la revolución caliente al nivel de las ideas, pero también porque combinaba el ímpetu insurreccional de 1968 con el ambiente más sombrío y desencantado de sus secuelas políticas. (2016)

La robustez y riqueza del trabajo de Derrida mostró que en 1967 su *De la gramatología* antecedió por un año los acontecimientos de mayo 68, por un lado demostrando con Marx que “la teoría se transforma en poder material cuando se apodera de las masas” pero también indicando las limitaciones de un pensamiento que aunque tenga su antecedente en Nietzsche, sobre todo en lo referido a la dependencia humana a la gramática cosificada como impedimento de acceso a la verdad, se diferencia de éste en cuanto a que “...los engaños metafísicos están integrados en la estructura misma del lenguaje” (2008: 23).

Es decir que, por un lado, Derrida, cuyos antecedentes militantes en este punto no están en consideración, partía de la base textual para el análisis de la cosificación humana, pero desde un punto de partida que se diferencia de la herencia estructural. Sin embargo, eso que académicamente puede parecer novedoso o progresivo, también puede ser estudiado como consecuencia del fracaso político de los acontecimientos que se sucedían en el momento en que escribía. Como un sustituto teórico de acontecimientos políticos más generales¹⁰.

Como mencionamos recién, la particularidad de la obra de Derrida estriba en que el apogeo de sus escritos coincide con el levantamiento más importante del siglo XX con posterioridad a la revolución bolchevique, teniendo en cuenta que en el mismo período histórico no sólo París se vería conmovida por las insurrecciones sino también Estados Unidos, Vietnam, Praga y Tlatelolco, sin mencionar por supuesto en 1969 el “Cordobazo” argentino. Es decir, que convulsivamente el mundo mostraba el agotamiento de un desarrollo del capital que conoció “décadas prósperas” sobre la base de una expansión imperialista post-segunda guerra mundial, y que dejaba ver también síntomas de descomposición y en contraposición a esto, de levantamiento de masas. Los intelectuales –por adhesión o rechazo- vinculados al PC francés produjeron una enorme cantidad de material teórico y filosófico que pasaría, décadas después, a engrosar las currículas de numerosas facultades de Europa y del mundo.

En ese contexto, y como bien señala Eagleton, Derrida intentó poner en pie un corpus de textos que contradigan *hasta el límite* la “cerrazón” de los textos de entonces –y por textos se pueden entender también los programas políticos o de gobierno-. No es casual, entonces, que esta proclama “contra el Padre” –significando con esto todos los programas educativos, las represiones estalinistas, la opresión en la vida cultural y afectiva, etc- provenga de las aulas francesas. La derrota de 1968 sirvió de cauce al posestructuralismo.

En palabras de Eagleton;

...fue producto de esa mezcla de euforia y desilusión, liberación y disipación, carnaval y catástrofe de 1968. Incapaz para romper las estructuras del poder estatal, el postestructuralismo vio que sí era posible subvertir la estructura del lenguaje (además, no era probable salir descalabrado por intentarlo). (1998: 88)

Si bien no analizaremos aquí los motivos de esta derrota, podemos indicar a modo sintético que

...los problemas que planteaba la vieja dirección stalinista, el escaso desarrollo de la vanguardia obrera y la inexistencia de órganos apropiados para imponer un gobierno de los trabajadores no pudieron, y no podían superarse en el corto lapso en el cual se agotó el estallido popular. (Rieznik et. al: 2015)

A su vez, Terry Eagleton balancea;

Incapaz de proporcionar una dirección política coherente, embrollado en una refriega donde participaban el socialismo, el anarquismo y cierto infantilismo, el movimiento estudiantil fue arrollado y se esfumó. La clase obrera, traicionada por sus letárgicos líderes estalinistas, no pudo conquistar el poder. Charles de Gaulle abandonó su brevísimo exilio, y el Estado francés reagrupó sus fuerzas en nombre del patriotismo, de la ley y del orden. (Eagleton: 1998)

En resumidas cuentas, entonces, el desenlace en términos de producción de ideas fue que la juventud de la revuelta concluyó que el “poder” era lo demasiado fuerte como para tomarlo, y la porosidad microsociedad de los análisis le ganó al problema político general. Las teorías (muchas de ellas, que pretendían no ser teorías), exhibieron al máximo el juego erótico de la deconstrucción textual, al punto de ser irreconocible cualquier intento de “cerrar” un sentido en un texto. La desconfianza anarquista le ganó el terreno a la teoría revolucionaria. Los juegos del lenguaje, de cuño wittgensteniano, pusieron en el paroxismo la proximidad de la letra en la lectura placentera (como en Roland Barthes), algo que antaño se intentó por la vía de la referencialidad social como acceso a la verdad.

La justeza de la crítica de Eagleton, sobre todo en sus libros más tempranos, permite advertir, de cara a la segunda parte de este artículo, que este ejercicio de la deconstrucción recae también en absurdos como la asimilación de certezas como necesariamente represoras, de verdades objetivas como implacablemente “metafísicas”; e incluso la crítica de teorías probadas en la historia, como “machistas” (ídem). En ironía manifiesta, el autor británico dice,

Una ventaja del dogma que afirma que somos prisioneros de nuestro propio discurso, incapaces de hacer adelantar razonablemente ciertas pretensiones a la verdad pues tales pretensiones son meramente relativas a nuestro lenguaje, consiste en que nos permite conducir coche y caballos, sin ir ensillados, a través de las creencias de todo el mundo, con la molestia de aceptarlas. (Idem)

En este punto, y para concluir, podemos indicar que Terry Eagleton, en su fructífera obra, le rindió varios homenajes a la figura del mentor de la deconstrucción, Jacques Derrida, producto de un honesto e incansable intento de desenvolver en la práctica la hermenéutica de la sospecha, sobre todo en lo referido a los textos que justificaban opresiones a la vida humana. Luego de su muerte, Eagleton en un periódico británico, dijo que Derrida, “habló por los sin voz, de cuyas filas había surgido” (*The Guardian*: 2004).

El rescate de su figura, aún desde un punto de vista crítico, emerge sobre la posibilidad de comprender y criticar las nociones más salientes de un escritor influyente como él. Por eso, no es tampoco sorprendente que en el libro *A contrapelo*, Eagleton trabaje sobre el renombrado libro de Perry Anderson *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, pero lo suficientemente crítico con Anderson para hacerle notar que no ha sabido entender el marco en el que se desenvuelve una teoría como la de Derrida. Particularmente, cuando Eagleton dice que el “pesimismo” de la deconstrucción es la otra cara coherente de la “euforia subjetivista” del goce del texto y el “estallido de la escritura”, aclara;

...no es que el libro de Anderson no sea consciente de que en estos aspectos el posestructuralismo constituya un retroceso político. Pero las conexiones no se han llevado a cabo detalladamente (...) el tratamiento incompetentemente negativo del tópico resulta curioso para un escritor de la talla de Anderson. (Eagleton: 1986)

De este modo, lo que critica Eagleton, es que el abordaje de estructuralismo y de posestructuralismo en Anderson es “no-dialéctico” y unilateral, sin posibilidad de ver las contradicciones de estos desarrollos teóricos. En este punto defiende a Derrida cuando dice que las críticas del tipo “*no hay nada fuera del lenguaje*” no significan que, por ejemplo, Derrida no existe, sino que es una operación para deconstruir las oposiciones empíricas o metafísicas del discurso. Eagleton va más lejos e incluso sugiere;

...(la argumentación de Anderson) es ridícula y es la que muchos acólitos menos astutos intentan vender de Derrida a ambos lados del Atlántico, pero Derrida ha defendido específicamente (...) el lugar que le corresponde a las fuerzas determinadas de matrices productivas y a las condiciones históricas... (Idem)

Por eso, y en un modesto intento de recurrir a la preservación de la riqueza de un concepto, es que la premisa de la crítica debe aplicarse, creemos, con todo su rigor incluso en aspectos categoriales que van encontrando sobrevida fundamentalmente para obturar o desplazar riquezas de orden práctico o movilizador. Quisimos encontrar *sobrevida* del concepto de la deconstrucción en la actualidad, y seguir preguntando, qué valor ocupa en los movimientos sociales –a la vez pasar todo eso por un modesto ejercicio de crítica con respecto al término y a alguno de sus usos.

La crítica de Eagleton, podemos observar entonces, se enmarca en un derrotero que nos permite pensar los efectos del posestructuralismo, en términos más generales, sobre una generación intelectual y consideramos que Derrida no se haya por fuera de ello. Si queremos dejar sentadas unas líneas ilustrativas sobre el proyecto teórico que la deconstrucción contiene aún hoy, optamos por aquellas que la ilustran en su esencia:

Cuando escogí esa palabra, o cuando esta se me impuso, creo que fue en *De la Gramatología*, no pensaba que se le reconocería un papel tan central en el discurso que me interesaba entonces. Entre otras cosas deseaba traducir y adaptar a mi propio discurso las palabras heideggerianas *Destruktion* o *Abbau*. Las dos significaban en ese contexto una operación aplicada a la estructura o la arquitectura tradicional de los conceptos fundadores de la ontología o de la metafísica occidental. Pero en francés el término “destrucción” implicaba demasiado visiblemente una aniquilación, una reducción negativa más próxima de la ‘demolición’ nietzscheana, quizá, que de la interpretación heideggeriana o del tipo de lectura que yo proponía. Por eso la aparté (*Psyché*, pág. 388). (Derrida: 1987)

De la Gramatología es una suerte de gran obra catalizadora del horizonte derridiano con la deconstrucción: el combate contra el “logo-fono-centrismo” de Occidente estaba abierto en su máxima expresión. Su objetivo es mostrar la opresión que la lengua, en tanto que el vehículo regio del Logos de la Razón dominante, ejerce sobre la escritura. En la escritura es donde, para Derrida, encuentra su terreno fundamental la traza de las diferencias. Si un trazo puede mostrar que siempre es en “contexto” porque no puede absorber ningún sentido “histórico”, cada concepto merece mostrar su “deconstrucción” para salir de la captura que impone la “metafísica de la presencia” donde cualquier noción filosófica se atreve a reclamar el patrimonio que sintetice el estatuto del “Ser”. Derrida hubiera estado renuente a aceptar que la realidad se reduzca a juegos de

escrituras. Eso es, en todo caso, su “conciencia de sí”. Pero el autor lleva muy lejos sus críticas a hombres como Saussure, Levi-Strauss y Rousseau. Nunca se propone “abandonar” sus conceptos ni sus sistemas de pensamiento. Pero se plantea un ejercicio donde el carácter relativo de cada concepto muestre su “naturaleza escritural” en un juego de diferencias, antes que un sentido fijo y logocéntrico. Las “huellas” que hay que desenterrar son las que quedaron borradas por todo camino ineluctable que asume la filosofía: ocupar el centro de “la estructura” ocultando que el centro está vacío. Heidegger y Husserl acuden en su ayuda: remover el “Olvido del Ser” y des-sedimentar el sentido constituyen operaciones fundantes en este sendero. La escritura puede tomarse como una nueva ontología. Aún cuando sobre esto se haya escrito y discutido demasiado, la seducción para que los intelectuales puedan tranquilizar sus conciencias críticas en un laberinto intra-filosófico, que ya no distinga literatura de política, o filosofía de psicoanálisis, o antropología de retórica, está lanzada.

La atención a “no ocupar el centro de la estructura” con cualquier concepto que suene logocéntrico se ha convertido en la bandera que se iza ante toda práctica política, aún cuando eso pueda descuidar estrategias y tácticas que, en la lucha política, en tanto que indispensable en la lucha de clases, son dominios fundamentales. Las identidades pasan a ser “trazas escriturales” siempre celosas de dejar evidenciar su relatividad antes que su afirmación objetiva. El río intra-filosófico puede ahogar un proyecto emancipatorio para la transformación revolucionaria de la realidad. Si la deconstrucción aún pervive en él, es necesario ubicar la justeza de sus alcances y límites.

Notas

¹ Ambos, uno vuelto del exilio en Estados Unidos, y otro desde California, pero siempre siguiendo de cerca los debates del 50 y 60, han sido de importancia fundamental en el desarrollo de las ideas del activismo estudiantil, con lo que se pone aún más en relevancia la discrepancia que pueda haber respecto de la acción y las teorías.

² No deja de ser cierto, de todos modos, que en sucesivas obras Adorno matizó la relación de teoría y práctica con otra profundidad que por motivos de espacio no desenvolveremos aquí. Valga como ejemplos, por un lado, “¿Es la sociología una ciencia del hombre?” donde advierte sobre la “(...) transformación sobre aquello que impide vivir sus propias posibilidades” (en Harich, 1969), o en las “Notas marginales” de *Consignas* donde hablaba de la “conciencia duplicada” y la resistencia que opera en los individuos.

³ Es pertinente al respecto recordar uno de los grafitis del 68 en la Sorbona que expresaba: “No se reivindicará nada. No se pedirá nada. Se tomará. Se ocupará”.

⁴ En enero de 1968, el cineasta Pier Paolo Pasolini, en plena ruptura con el Partido Comunista Italiano, también tuvo su capítulo controversial respecto del movimiento estudiantil. En un poema publicado en *L'Esspresso* con el título “¡El PCI a los jóvenes!” escribió: “Tienen caras de hijos de papá (...) prepotentes, chantajistas y seguros: / prerrogativas pequeño-burguesas, amigos. Cuando ayer en Valle Giulia pelearon con los policías, ¡yo simpatizaba con los policías! / Porque los policías son hijos de pobres”. Algunos atribuyen la misma frase sobre los policías a Truffaut (Forn, 2010), pero lo que importa es el gesto y el contexto. Es inevitable establecer alguna reminiscencia entre este suceso y el de Adorno, sobre todo por el distanciamiento con el movimiento estudiantil europeo (si bien el primero se conoció más por su importancia simbólica y mediática).

⁵ Todas las citas referidas a la correspondencia entre ambos, se pueden visualizar en el artículo “Historias que se muerden la cola (correspondencia Marcuse – Adorno)”, compiladas por Carlos López Beltrán el 28 de mayo de 2000.

⁶ Para otra oportunidad quedará la evaluación y crítica del libro de Alain Touraine escrito en 1970 con el título de “El Movimiento de Mayo o el Comunismo Utópico”, porque también contribuye a pensar el campo intelectual del momento y su relación con el movimiento del 68.

⁷ Aunque el propio Derrida siempre renegó la adscripción de sus obras a la corriente del posestructuralismo, por motivos de indagación de corpus y contexto preferimos ubicarlo allí.

⁸ Sin desconocer el “entredicho” que han tenido el propio Eagleton con Derrida a propósito de la publicación de este último de su libro *Espectros de Marx*, pero no es motivo del presente artículo desenvolver esa polémica.

⁹ Sin mencionar, como ya indicamos aquí mismo, la desilusión de numerosos intelectuales con el Partido Comunista Francés.

Bibliografía

- Adorno, Theodor (1993) *Consignas*. Amorrortu: Buenos Aires.
- Althusser, Louis (1992) *El porvenir es largo*. Ed. Destino: Barcelona.
- Crary, Jonathan (2015) *24/7. El capitalismo tardío y el fin del sueño*. Paidós: Buenos Aires.
- Derrida, Jacques (1986) *De la gramatología*. Siglo XXI: México.
- Derrida, Jacques (1987) *La Deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Paidós: Barcelona.
- Eagleton, Terry (1986) *A contrapelo*. Ediciones Nueva Visión: Buenos Aires.
- — — (1998) *Una introducción a la teoría literaria*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- — — (2004) “Don’t deride Derrida” en *The Guardian*, 15 de octubre. Recuperado de <https://www.theguardian.com/education/2004/oct/15/highereducation.news>
- — — (2008) *El sentido de la vida*. Paidós: Barcelona.
- — — (2016) “La endeblez del posestructuralismo” en *Revista de Libros*, Recuperado de https://www.revis-tadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=5326&t=articulos. Original en inglés: <https://www.the-tls.co.uk/articles/private/not-fitting-in/>
- Forn, Juan (2010) “Seré tu espejo”, en *Diario Página 12*, 9 de abril. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-143528-2010-04-09.html>

Harich, Wolfgang (1969) *Crítica de la impaciencia revolucionaria*. Crítica: España, 1988.

López Beltrán, Carlos (2000), "Historias que se muerden la cola (correspondencia Marcuse – Adorno)". Disponible: <http://www.jornada.com.mx/2000/05/28/sem-marcuse.html>

Macciocchi, María (1973) *Cartas desde adentro del Partido Comunista Italiano a Louis Althusser*. NLB: Londres.

Marchais, George (1978) "Mayo'68. La Imaginación al poder" en *L' Humanite*, 3 de mayo.

Marx, Karl (2010) *Crítica de la filosofía del Estado en Hegel*. Ed. Biblioteca Nueva: Madrid.

Marx, Karl y Engels, Friedrich (1973), *Obras Escogidas*. Tomo I. Ed. Progreso: Moscú.

Rieznik, Pablo; Rabey, Pablo; Poy, Lucas; Duarte, Daniel; Bruno, Diego (2015) *1968: un año revolucionario*, EFFyL: Buenos Aires.

Touraine, Alain (1970) *El movimiento de mayo o el comunismo utópico*. Signos: Buenos Aires.